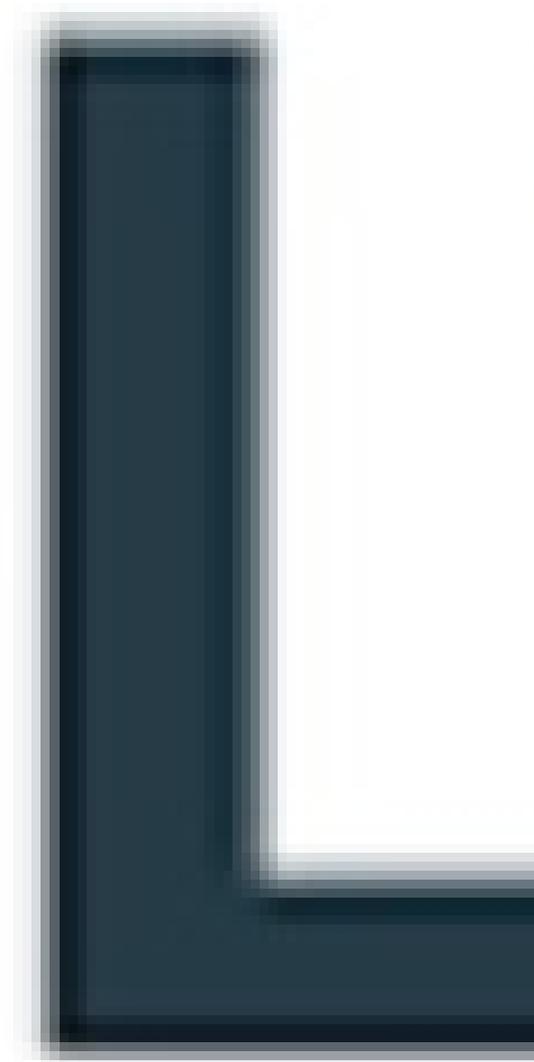


Joly

Gerónimo



Capítulo 1

Joly estaba sudando bajo su vestido.

El sol, en su cenit, golpeaba contra su casco, creando en este espacio hermético, una atmósfera similar a la de una sauna.

Inhaló aire caliente de su botella, secándose un poco más la garganta con cada bocanada.

Se sentía asfixiada.

Necesitaba aire.

Fresco, dulce, verdadero.

Solo unos metros más antes de llegar al refugio.

Los últimos metros siempre fueron los más complicados.

Al pisar el suelo, vio que la tierra árida se elevaba con cada paso.

No podía sentirlo a través de su vestidito, pero podía sentirlo, estaba allí.

Invisible pero poderoso.

El viento.

Se moría por sentir la brisa fresca en su rostro.

Pero ella no pudo.

Estaba prohibido salir del refugio sin un vestido.

Podría ser extremadamente peligroso respirar este aire contaminado, incluso durante unos segundos.

Además, si alguien la veía quitarse el casco, estaba arriesgando mucho.

De repente, Joly se detuvo.

El refugio estaba prácticamente al alcance.

Se mantuvo erguida en el centro de esta tierra desolada; un cubo gigante,

gris y frío, en medio de una tierra marrón y ardiente.

Ella miró hacia arriba para mirar al cielo.

Hacía mucho tiempo que no era azul, pero los rayos del sol eran tan intensos que atravesaban la capa gris, gruesa, casi opaca.

Ella realmente no quería irse a casa.

No quería encontrar la pequeña habitación que le habían asignado.

Levantarse todas las mañanas en este horno, puf.

Trabajar duro para tratar de cultivar plantas artificiales.

Para comer este alimento horrible, sintético e insípido.

Cruzar a miles de personas todos los días, pero no hablar con ninguna de ellas.

Dormir sola, todas las noches.

Ya no podía soportar la promiscuidad ni el continuo bullicio de la multitud que se agitaba todos los días en este enorme hormiguero.

Paradójicamente, se sentía extremadamente sola en medio de esta confusión constante.

Ya no podía soportar este aire confinado y controlado.

Ella se estaba asfixiando.

Una profunda necesidad de sentir el viento en su piel, en su cabello, en sus pulmones, ardía en ella como brasas que se encienden para reavivar la llama.

Lentamente, se dio la vuelta y comenzó a caminar de nuevo.

Dando la espalda al refugio, se quitó el casco y se desabrochó el mono, tirándolos al suelo detrás de ella.

Entonces una ráfaga la golpeó de frente.

Ella lo saludó con los brazos abiertos y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro.

Ella nunca se había sentido así.

El aire fresco le acariciaba la piel, le revolvía el pelo, le hacía cosquillas en las mejillas y le estremecía todo el cuerpo.

Se sintió ligera, libre.

Ella estaba viva.

Al cabo de un rato empezó a toser.

Primero, una tos leve que le irritó la garganta.

Entonces, un fuerte ataque de tos lo asaltó, imparable.

Por reflejo, se había tapado la boca con las manos.

Cuando cedió la tos, destapó impasible sus dedos ensangrentados.

Entonces, mareada, se acostó en el suelo.

Su piel tocó la tierra por primera vez; este sentimiento lo intoxicaba.

Acarició el suelo con las manos, tratando de recoger algunos guijarros en la palma de su palma.

El viento continuó rozando su cuerpo.

Respiraba profundamente, sentía que el aire irrigaba todo su ser, sentía que su vientre se hinchaba y luego se ensanchaba, lenta y profundamente.

Nunca había sentido nada tan hermoso.

Calmada y serena, cerró los ojos.

A lo lejos, escuchó abrirse las puertas del refugio.

Luego voces, sirenas, vehículos de motor.

Pero ya nada importaba, ya estaba lejos.

Ella se fue...

libre.